

¿Escuela de las Américas o Escuela de Violadores de Derechos Humanos?

Rafael Romero*

Resumen

La Escuela de las Américas (School of the Americas –SOA–) fue creada por los EE. UU. en 1946 en una de sus bases militares en Panamá. De acuerdo a sus creadores, el objetivo fundamental de la SOA fue el de profesionalizar a las Fuerzas Armadas (FF. AA.) de los países de América Latina. Sin embargo, el verdadero propósito de Washington fue reasegurar su dominio en ese subcontinente, por medio de la indoctrinación anticomunista de dichas FF. AA., complementada con entrenamiento en brutalidad militar. La SOA se creó como una herramienta más de la geopolítica de Washington, para mantener su hegemonía hemisférica. El control de dichas FF. AA. permitió a la Casa Blanca minimizar el envío de sus propias tropas, para aplastar descontentos sociales en su autoagenciado “patio trasero”. En este artículo se enfatizará en el impacto de la SOA en El Salvador, en particular durante el período de 1980 a 1992.

Palabras clave:

terrorismo de Estado, militarismo, hegemonía, política exterior, dictadura, ideología, anarquía internacional, realismo estructural, geopolítica, seguridad nacional y derechos humanos internacionales.

* Estudiante de doctorado en Ciencias Sociales, en Curtin University, de Western Australia.

Introducción

En este breve estudio se demostrará que, contrario al argumento oficial de que la SOA fue creada, para profesionalizar a las FF. AA. de los países latinoamericanos, dentro de la esfera de influencia de la Casa Blanca, el objetivo fundamental fue el control de dichas fuerzas, por medio de la indoctrinación anticomunista diseñada por Washington. Consecutivas administraciones de los EE. UU. han demostrado que su política exterior hacia sus vecinos del sur se ha fundamentado en un realismo estructural. El pilar fundamental de esa política ha sido el de asegurar, por cualquier medio y a cualquier precio, su hegemonía en América Latina. Las estructuras de poder en la arena internacional no son estáticas. De ahí que los Estados internacionales más poderosos persisten en aumentar las fronteras de su hegemonía o, como mínimo, en mantener la hegemonía ya adquirida (Armstrong *et. al.*, 2007: 58 y Greenberg, 2008: 20-21). En este contexto, las verdaderas causas de los conflictos internos en los países sometidos son comúnmente ignoradas, minimizadas o deliberadamente distorsionadas por quienes desde el exterior deciden ilegalmente quién tiene derecho y quién no a la autodeterminación. A los Estados débiles, en la práctica, se les niega su soberanía.

Por ejemplo, las obsoletas estructuras de dominación que crónicamente han generado estallidos sociales de diferente magnitud en la América cobriza, particularmente en El Salvador, fueron descartadas como las causas reales de la efervescencia social. A los graduados de la SOA se les inculcó que esa realidad no era más que un invento del comunismo internacional, para destruir la reputación de su sistema democrático. La “educación” impartida en la SOA no solo fue militar, sino que ideológica. Sus graduados muy pronto aprendieron que, si la pobreza genera estallidos sociales, para acabar con ambos, había que eliminar primero a los pobres. Las FF. AA. de El Salvador tienen el “mérito” de que más de seis mil de sus miembros

profesionalizaron su mentalidad y conducta criminal en la SOA. Dicha escuela internacional graduó a una cantidad mayoritaria de militares y, en menor grado, de policías, pero ambos involucrados en sistemáticas violaciones a los derechos humanos en ese país, particularmente durante el período de 1980 a 1992. El Salvador no fue un caso aislado, sino que fue una pieza más de ese engranaje criminal patrocinado en la SOA. Por lo tanto, es pertinente empezar por escrutar el impacto de la SOA en América Latina en general, para luego concentrarnos en el caso de El Salvador.

La Escuela de las Américas y su impacto en Latinoamérica

La mayoría de los dictadores militares en Latinoamérica se graduaron en la SOA, así como también innumerables oficiales que cometieron todo tipo de violaciones a los derechos humanos en sus respectivos países. Si los EE. UU. reconocieran la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia, la Casa Blanca se enfrentaría a la imposibilidad real de poder demostrar que los graduados de la SOA no cometieron esos crímenes. Aún más, para los EE. UU., sería imposible demostrar que ellos no fueron responsables por las acciones de los oficiales que la SOA engendró. Consecutivos gobiernos de los EE. UU. han rehusado aceptar la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia, pero al mismo tiempo han pedido que dicha jurisdicción se aplique a otros Estados internacionales. Ese doble estándar confirma las irrefutables palabras de monseñor Óscar Arnulfo Romero: “La ley es como la serpiente, que pica solo al descalzo”. Esa es una verdad que, en la realidad, aplica a las leyes domésticas e internacionales.

Si en la arena internacional hubiera un Guinness Record por el número de golpes de Estado o “cuartelezos” que las Fuerzas Armadas de cada país han orquestado, sería casi seguro que los militares de América Latina se llevarían ese galardón. Para ilustrar, de 1907 a 1966, hubo no menos de cien golpes

de Estado orquestados por los militares en América Latina. Pero llama aún más la atención el hecho de que el número de golpes militares aumentó substancialmente desde que se creó la SOA (Fossum, 1967: 228 y Sanchez, 2003: 224). No es un secreto el papel preponderante que los militares han desempeñado en la historia política de América Latina, un subcontinente donde la mayoría de las violaciones a los derechos humanos ha llevado un sello de color verde olivo oficial. Aún así, los EE. UU. nunca han dejado de apoyar ese militarismo. El realismo estructural de la política exterior de Washington ha sido siempre mucho más importante que el sufrimiento de los pueblos que someten, por medio del control de las FF. AA. y los mal llamados “cuerpos de seguridad”, que ellos mismos entrenaron. ¿El “profesionalismo” que la SOA inculcó a sus graduados fue en beneficio de la población civil que en teoría debía proteger o en detrimento real de la población civil que controlar? ¿La interpretación de “profesionalismo” que la SOA inculcó a sus graduados fue en beneficio de la pregonada democratización de la América al sur del Río Bravo o en beneficio del mantenimiento de la geopolítica hegemónica de Washington al sur de la frontera? Veamos la siguiente tabla y analicemos.

Tabla 1
Número de graduados en la SOA por país desde 1946 hasta el 29 de enero de 1998

País	Número de graduados
Argentina	612
Barbados	1
Belize	4
Bolivia	3681
Brazil	336
Chile	3182
Colombia	9171
Costa Rica	2379
Cuba	237
República Dominicana	2499
Ecuador	3373

El Salvador	6583
Guatemala	1544
Haití	49
Honduras	3724
México	1259
Nicaragua	4318
Panamá	3631
Paraguay	1011
Perú	4344
Uruguay	961
Venezuela	3310
Total	56 209

Fuente: Virtual Truth Commission – Telling the Truth for a Better America

(<http://www.geocities.com/~virtualtruth/soaback.htm>)

De acuerdo a la información de la tabla anterior, en muy pocos casos los graduados de la SOA (por país) se pueden contar por decenas o cientos. La tabla demuestra que la mayoría de graduados en la SOA se cuentan por miles. Es importante hacer notar que los miles de graduados de Nicaragua lo hicieron antes del triunfo de la revolución sandinista la cual derrocó a la dinastía de la familia Somoza, impuesta por Washington. Los militares cubanos incluidos en la tabla anterior se graduaron en la SOA durante la dictadura de Fulgencio Batista en Cuba, también impuesta por los EE. UU. Similarmente, los militares venezolanos que se graduaron en la SOA se “profesionalizaron” en esa institución mucho antes de que el hoy difunto Hugo Chávez fuera elegido presidente de Venezuela.

A pesar de que, después de la ardiente Guerra Fría, los EE. UU. han tratado de distanciarse de las macroscópicas y sistemáticas violaciones de los derechos humanos cometidas por sus graduados latinoamericanos en la SOA, las evidencias demuestran que la Casa Blanca fue un cómplice mayor e innegable. Las graduaciones de la SOA lo confirman. Por ejemplo, Emilio Massera, Jorge Rafael Videla Redondo, Roberto Viola y Leopoldo Galtieri, todos militares de la más alta jerarquía en Argentina, fueron graduados de la SOA. No solo se convirtieron en dictadores, sino que son responsables de

las atrocidades cometidas contra ese pueblo. En Argentina, miles de civiles inocentes permanecen como “desaparecidos”, mientras asesinos como Videla Redondo vivieron su vida y murieron sin rendirle cuentas a la justicia. Ocasionalmente, algunos militares asesinos aparecen en cortes de ley que deliberadamente permiten la dilatación de sus procesos legales.

El objetivo obvio de dicha dilatación es que los asesinos graduados en la SOA no mueran en una prisión común y corriente, y menos de la forma en que perecieron sus miles de víctimas civiles. Cuando los militares asesinos hayan muerto, se les encontrará culpables. Eso es algo parecido a lo que sucederá en El Salvador. Si Gabriel García Márquez hubiera decidido escribir una novela sobre este tema, es casi seguro que la habría titulado: *Crónica de una manipulación política anunciada*. ¿Por qué ese curioso título? Una cosa es estar en la oposición exigiendo castigo a los militares violadores de los derechos humanos y otra muy diferente cuando esos “exquejosos” disfrutan el poder por medio de un Gobierno electo a través del voto. El escritor uruguayo Eduardo Galeano describe con claridad a este tipo de Gobiernos como “tipo violín”. Es decir, que lo toman con la mano izquierda, pero ejecutan el instrumento con la mano derecha. El caso salvadoreño es análogo en este contexto. Cuando la exguerrilla salvadoreña estuvo en la oposición electorera demandaba la revocación de la amnistía que el expresidente Cristiani ilegalmente otorgó a los militares asesinos. Pero una vez en el poder, prefieren no hacerlo “para no reabrir heridas”. ¿Cuándo se ha visto que se puedan reabrir las heridas que no han cerrado?

En Bolivia, hay al menos tres graduados de la SOA que han sobresalido por sus violaciones a los derechos humanos, pero quien tiene más “méritos” en ese aspecto es el exdictador general Hugo Banzer. En un violento golpe de Estado, su primera acción fue la de cerrar todas las universidades de su país, para

evitar la propagación de lo que él consideró ideas subversivas. Autorizó el asesinato de miles de bolivianos contrarios a su gobierno *de facto*; y aún más, fue parte activa del Plan Cóndor (SOA Watch). Un reporte secreto del Departamento de Estado de EE. UU. fechado el 3 de agosto de 1976 —y ahora desclasificado— informa, a Henry Kissinger, que las dictaduras militares de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil han unido esfuerzos en el Plan Cóndor, para secuestrar y eliminar a la subversión comunista. El mismo documento revela también que los militares de cada uno de esos países se intercambian prisioneros y que envían agentes secretos a asesinar a exiliados en otros países, incluyendo Europa (The National Security Archive, Document 1).

El caso del exdictador chileno general Augusto Pinochet puede ser un caso curioso, pero no rompe la regla de que graduados chilenos de la SOA fueron responsables directos de violaciones a los derechos humanos en ese país. Pinochet no se graduó en la SOA, pero autorizó que sus subalternos se graduaran en la SOA. Aún más, en un gesto de aprobación a la “educación” que la SOA proveía a las FF. AA. de América Latina, Pinochet donó un sable ceremonial a la SOA, el cual todavía permanece en exhibición. Entre los oficiales chilenos graduados en la SOA, sobresale el coronel Pablo Belmar. Él fue uno de los responsables directos del secuestro, tortura y asesinato de Carmelo Soria en 1976, quien era funcionario de la Organización de las Naciones Unidas en Chile. El teniente Miguel Krassnoff, también graduado de la SOA, colaboró con Belmar. Otro militar chileno graduado en la SOA es Armando Fernández Larios, quien participó directamente en el asesinato del general Carlos Prats González. Este último fue ministro de Defensa durante los primeros días de la dictadura pinochetista, pero renunció y salió al exilio en Argentina, para encontrar su muerte en ese país vecino, por órdenes de sus exsuperiores (SOA Watch).

El caso de Colombia es mucho más profundo y complejo, porque el proceso de deshumanización al que fueron sometidos sus militares en la SOA los entusiasmó a cometer no solo actos de terrorismo de Estado, sino que a participar activamente en el narcotráfico internacional. Dentro de esos graduados en la SOA, se puede mencionar a los siguientes: coronel Álvaro Quijano, general Luis Bernardo Sánchez, general Luis Alfonso Zapata Uribe, general Harold Bedoya Pizarro, general Hernán José Guzmán Rodríguez, teniente primero Luis Enrique Andrade Ortiz, coronel Roberto Hernández Hernández, mayor Carlos Enrique Martínez Orozco, general Gustavo Pardo Ariza, general Rafael Samudio Molina, general Farouk Yanine Díaz y cadete Ritoalejo del Río Rojas (SOA Watch).

En Ecuador, el más reputado violador de los derechos humanos es el general Guillermo Rodríguez, que también tiene el record dentro de los militares de su país, por el número y tipo de cursos de profesionalización militar tomados en la SOA (SOA Watch). Un documento secreto de la CIA fechado el 22 de agosto de 1978 informa, al Gobierno de los EE. UU., que la dictadura militar de Ecuador ya se unió al Plan Cóndor (The National Security Archives, Document 3).

En Paraguay, el general Roberto Knofelmacher, graduado en dicha Escuela, es responsable de innumerables atrocidades contra civiles opositores a la dictadura militar. Alejandro Avalos Fretes, agente secreto del Gobierno de Paraguay y graduado en la SOA, colaboró activamente en el Plan Cóndor (SOA Watch). En ese acuerdo de terrorismo de Estado extraregional, las respectivas dictaduras se “intercambiaban” prisioneros políticos, aunque ya se hubieran dado por “desaparecidos” en sus respectivos países de nacimiento o de exilio (The National Security Archives, Document 3). Llama la atención que el general Alfredo Stroessner, el dictador de más larga duración en Paraguay, no se mencione acá. La razón es que no hemos encontrado evidencias de que él se haya graduado en la SOA. Sin

embargo, eso de ninguna manera lo exime de las violaciones a los derechos humanos cometidas contra el pueblo paraguayo.

El militar peruano Telmo Hurtado es responsable de la masacre de 69 mujeres y niños en la Villa de Acomarca, el 14 de agosto de 1985. El profesionalismo militar que adquirió en la SOA le permitió, al menos, separar a niñas y niños de sus respectivas madres –antes de violarlas–. Otro peruano, Vladimiro Montesinos, un pseudoabogado que también se graduó en la SOA y que dirigió la maquinaria secreta de inteligencia de Perú, fue encontrado culpable de haber organizado escuadrones de la muerte en su país (SOA Watch). Un documento secreto de la CIA fechado el 22 de agosto de 1978 confirma que la dictadura militar de Perú también se ha unido al Plan Cóndor (The National Security Archives, Document 3).

La geopolítica exterior de los EE. UU. hacia la América cobriza ha sido siempre sistemáticamente hegemónica. De ahí que aplica por igual a los países de América del Sur o de América Central (Brands, 1998: 9-16 y Harper, 2004: 89 y 112). Por ejemplo, el exdictador de Guatemala, general Efraín Ríos Montt, graduado en la SOA, es responsable por el genocidio de miles de indígenas y el asesinato de miles de civiles no indígenas. Pero, para el expresidente de los EE. UU. Ronald Reagan, esos no fueron crímenes, sino que méritos. El 4 de diciembre de 1982, Reagan condecoró públicamente a ese asesino y expresó: “El presidente Ríos Montt es un hombre de gran integridad personal y cometido (...); yo sé que él quiere mejorar la calidad de vida de todos los guatemaltecos y promover la justicia social” (SOA Watch). Pero dos Comisiones de la Verdad documentaron suficientes evidencias de que Ríos Montt fue responsable por todo tipo de violaciones a los derechos humanos en Guatemala durante su régimen. Recientemente, fue condenado a purgar ochenta años de cárcel. Irónicamente, en tiempo record, la sentencia fue revocada arguyendo tecnicidades dudosas. El trillado